

Apoliticismo y antipolítico en el reclamo por seguridad. Un acercamiento discursivo-comunicacional

Manuel Tufro

1. El reclamo por mayor seguridad ha sido una de las principales causas de movilización ciudadana en los últimos tiempos. Esta inquietud tiene una base de explicación estadística concreta: según datos de la Dirección Nacional de Política Criminal, el número total de hechos delictivos ha venido creciendo desde el año 1992, y de manera más sostenida entre los años 1998-2002 (coincidiendo con el período de recesión económica, estallido social y posterior salida de la convertibilidad), para descender levemente en los años subsiguientes. Sobre estos datos empíricos que apuntan a un crecimiento del delito, se han montado una serie de campañas mediáticas que buscan instalar lo que Stuart Hall ha denominado "pánico moral" (Hall, 1978). En este contexto, diferentes sectores de la sociedad civil se han organizado para reclamar a las autoridades, pero también para actuar sin esperar las respuestas de los representantes del Estado. La mayor parte de las agrupaciones y asociaciones surgidas al calor del reclamo por seguridad se definen a sí mismas, y describen su accionar, como "no político". Resulta por lo menos curioso que ciertos actores de la sociedad civil consideren que el debate por la seguridad pueda ser considerado como un tema al margen de "lo político". De hecho, el carácter netamente político de la cuestión de la seguridad puede ser afirmado en varios niveles. En primer lugar, en los últimos años la agenda del crimen se ha venido posicionando como un tema central de la comunicación política y como eje de campañas electorales (Martini, 2004). En segundo término, no hay que olvidar que lo que está en juego, en última instancia, cuando hablamos de seguridad, es la cuestión de la propiedad privada y de las formas legales o ilegales de apropiación privada de aquello que es producido colectivamente, formas que siempre son el resultado de luchas históricas y están en permanente discusión. En otras palabras, se trata de la cuestión del control social, entendido como "el conjunto de saberes, poderes, estrategias, prácticas e instituciones a través de las cuales las élites del poder preservan un determinado orden social, esto es, una geografía específica de los recursos, de las posibilidades, de los deseos" (De Giorgi, 2000:15, traducción propia). Finalmente hay que dejar en claro que caracterizamos a la política, en sentido amplio, no solamente como la actividad privativa de los partidos o del sistema político, sino también como el proceso de

formación de voluntades colectivas, es decir, de colectivos sociales. Desde este punto de vista, son políticos todos los procedimientos retórico-discursivo-comunicacionales que buscan "operar sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar su voluntad colectiva" (Gramsci, 1993 : 65). Los intercambios discursivos en torno al problema de la seguridad, fuertemente cruzados por temáticas identitarias y retóricas estigmatizadoras, se constituyen entonces en una de las superficies privilegiadas de aparición de lo político en la Argentina de los años recientes.

Desde ya que no es esta la idea de política que subyace a las prácticas de ciertas asociaciones vecinales que, nucleadas en torno al tema de la seguridad, se definen como "apolíticas" y describen sus actividades como "no políticas". Esto ya no nos sorprende: vivimos en la época de la "distancia sociedad - partidos" (Sidicaro, 2002), una brecha que se erige en un fenómeno de alcance global. Desde un abordaje discursivo-comunicacional, resulta interesante observar cuáles son las estrategias a través de las cuales estos actores buscan construir como apolíticas sus intervenciones públicas, para lo cual muchas veces no dudan en acudir a un arsenal retórico que podríamos calificar, más que de apolítico, de antipolítico. Aún teniendo en cuenta el carácter precario de cualquier tipología discursiva, se podría afirmar que lo "antipolítico" no constituye un tipo de discurso, sino más bien una serie de elementos retóricos y enunciativos que pueden ser articulados por una variedad de discursos. Es posible reconocer estos elementos en ciertas construcciones identitarias que se fundan en una oposición al sistema político existente, como el caso de los primeros piqueteros (Auyero, 2001) y de las asambleas barriales (Di Marco et. al., 2003). Pero también podemos encontrar posicionamientos antipolíticos en discursos de signo ideológico opuesto, cuyo objetivo es realizar un desplazamiento de sentido desde la caracterización negativa de los políticos hacia la política en general en tanto actividad o práctica. Esta estrategia fue utilizada, por ejemplo, por los sectores más concentrados del capital financiero y sus intelectuales orgánicos durante la crisis del 2001-2002 (Tufró, 2004). Volvemos a encontrar construcciones semejantes en organizaciones de la sociedad civil que temarizan la cuestión de la seguridad. Los actores que en los últimos años han hecho del reclamo de seguridad su bandera construyen su espacio enunciativo a partir de una doble exclusión. El primer eje es el que divide al "buen vecino" del "delincuente" (Daroqui, 2004). El segundo es aquel que diferencia entre actividades políticas y no políticas. Sobre esta segunda exclusión, y sobre el oscilante juego de desplazamiento entre apoliticismo y antipolítica, trabajaremos en este artículo.

2. Las convocatorias realizadas por Juan Carlos Blumberg entre abril de 2004 y septiembre de 2006, emanadas desde la "Fundación Axel Blumberg por la Vida de Nuestros Hijos" y desde los medios masivos embarcados en la "Cruzada Axel", tuvieron como una de sus consignas principales la de evitar que los concurrentes se presentaran con cualquier signo visible de pertenencia a alguna agrupación política. En cambio, debían portar cada uno una vela y, a lo sumo, una bandera argentina. *Nuestros actos se diferencian de los otros porque es (sic) algo ecuménico, apolítico, y que defiende únicamente los valores, por eso la gente nos apoya, porque se ven representados (...). Nuestro paradigma es amplio y abarcativo, para toda la sociedad, las consignas son claras en cada marcha, no es como una protesta de empleados que reclaman a una fábrica, es algo que incluye a todos.* (Entrevista con el responsable de seguridad de la Fundación Blumberg)ⁱ.

El ecumenismo es posible a partir de un reclamo que, lejos de ser particular y de reflejar la preocupación de ciertos sectores de la sociedad, aparece como una preocupación general, "de todos". Por eso también las velas, símbolo que se deja leer en una clave mucho más religiosa que política, transformando a la marcha en una especie de procesión que (de)muestra la unión de todos a través de ese lazo imperecedero que es el lazo de los valores. Quienes toman la palabra en los actos / procesiones de Blumberg son referentes religiosos, católicos, evangélicos y judíos.

Nos dicen que confían en nosotros porque comparten nuestras marchas y saben que estamos ajenos a todo lo que es la política, a diferencia de otras marchas que están muy politizadas. (Empleada de la Fundación Blumberg).

Las consignas de las marchas ("Por la vida de nuestros hijos", "Por la paz") estructuraron su eficacia simbólica a través de significantes o sintagmas vacíos con los cuales nadie puede dejar de estar de acuerdo, al mismo tiempo que nadie puede emprender la tarea de precisar la forma de poner en práctica acciones para alcanzar esos valores, porque ello dejaría al descubierto el verdadero rostro de quien lo intentara: el rostro político de la facción, del interés particular, del antagonismo social. Este colectivo general titulado "la gente" se construye, como se dijo, a través de la exclusión de los "delincuentes", pero también de la de todos aquellos que tienen intereses sectoriales, facciosos. Otro sinónimo posible: intereses políticos. Esta exclusión se opera sobre los políticos profesionales, pero también alcanza a otras figuras identitarias cuya mera inclusión en lo excluido ya nos dice algo acerca de la naturaleza del colectivo que intenta construir el enunciador blumberguiano:

Ellos (los piqueteros) manifestaron su voluntad de venir a la marcha, y ahí les dijimos cuáles eran nuestras consignas y condiciones: venir con una vela. Y sí, Castells se portó bien, no trajo nada, ni capuchas, ni carteles, ni pecheras, ni palos. Es más, ¿sabés lo que hicieron? Vinieron con todo, trajeron todas las banderas, las pancartas, llegaron hasta Florida, dejaron todo en una esquina, y vinieron sin nada. Por eso digo que se portó bien. (responsable de seguridad de la Fundación Blumberg).

La exclusión del "otro político" implica una frontera que debe recrearse continuamente a través de ciertas prácticas. Para ello, las prácticas apolíticas son contrapuestas a las prácticas políticas, de una manera homóloga a la forma en que las propuestas constructivas se oponen al reclamo caótico:

Hay dos formas de pedir las cosas: reclamar haciendo lío y la otra es presentar propuestas concretas con el apoyo del pueblo. (op. cit.)

o, también, de manera semejante a la forma en que lo pacífico se opone a lo violento:

(...) en el último acto, los comercios aledaños a la Plaza de Tribunales no cerraban sus puertas, a diferencia de otros actos, y esto es porque todos saben bien qué es lo que pedimos, nuestro reclamo es claro, es lo que piden todos: justicia y seguridad. (op. cit.)

La misma construcción aparece reforzada desde medios masivos como el diario "La Nación", que en una columna de opinión del 2 de abril de 2004 sostiene que la marcha de Blumberg

es la primera, en muchos años, que no tiene aptitud para dividir a nadie, que no puede generar disidentes ni opositores. ¿Qué mente, por oscura que fuere, podría haber marcado ayer un punto de discrepancia o de desacuerdo ante esa avalancha que se deslizaba por las calles para reclamar, simplemente, por la integridad y la seguridad de las personas?.

No hace falta ser un analista avezado para intuir el carácter fuertemente político del discurso supuestamente apolítico de la Fundación Blumberg. Resulta interesante sin embargo anclar teóricamente esta afirmación. En el discurso de la Fundación, la seguridad aparece construida como aquel reclamo que contiene en sí todos los reclamos. Su carácter de significante vacío le permite dar cobijo a una multitud de reclamos insatisfechos. En sus arengas públicas, Juan Carlos Blumberg

depliega una letanía que funde en una sola serie a Nair Mostafá con el caso Cabezas, a la corrupción menemista con García Belsunce, a Cromañón con la AMIA. Este tipo de construcciones seriadas son las favoritas de los medios masivos a la hora de contribuir a crear una sensación de inseguridad, pero, además, constituyen una herramienta retórica de construcción de espacios políticos, ya que no se limitan a expresar la presencia de cada demanda por separado, sino que establecen un lazo, una equivalencia que unifica a todas las demandas en su enfrentamiento con un "otro", el este caso, los políticos. Se busca que el reclamo por la seguridad asuma un papel hegemónico en la movilización social, que sirva como metáfora para los otros reclamos. Como afirma Ernesto Laclau, "Esta relación, por la que una cierta particularidad asume la representación de una universalidad enteramente inconmensurable con la particularidad en cuestión, es lo que llamamos una *relación hegemónica*." (Laclau, 2004 : 13) Desde aquí se constata, por si acaso hacía falta, el carácter eminentemente político de los reclamos de Blumberg, desde el momento en que "El punto central es que para que una cierta demanda (...) se transforme en política debe significar *algo más* que lo que es en sí misma, debe vivir su propia particularidad como un momento o eslabón de una cadena de equivalencias que la trasciende y, de ese modo, la universaliza." (Laclau, 2000 : 211, cursiva en el original).

Lo que se observa es una de las dinámicas básicas del funcionamiento de lo político, señalada ya por Gramsci: la construcción de una voluntad colectiva a partir de ciertos intereses particulares. Lo interesante es que este mecanismo político por excelencia es presentado bajo la forma de un movimiento apolítico, e incluso más: se trata de un movimiento que construye discursivamente un colectivo de identificación basado en la expulsión de los políticos y en el trazado de una barrera simbólica tajante entre prácticas políticas (el "reclamo" que busca el interés particular) y prácticas apolíticas (la "propuesta" que busca el bien común). Es decir, lo político (y los políticos) pasan a ocupar el lugar, en términos de Verón (1987), del contradestinatario, el adversario político. Tenemos aquí entonces el dispositivo enunciativo que estaría definiendo a un posicionamiento ya no apolítico, sino más bien antipolítico. Este dispositivo se caracterizaría por tener la estructura enunciativa de un discurso político (es decir, la construcción de un destinatario múltiple, uno de los cuales es un adversario) en el cual el lugar del contradestinatario / adversario está ocupado por todos aquellos que realizan "prácticas políticas".

3. Discursos como el que sostienen la Fundación Blumberg y buena parte de los medios masivos no son pura imposición de sentido, no caen sobre un receptor que

tendría las características de una materia informe a la espera de ser configurada. Si bien contribuyen, y mucho, a la creación de un cierto clima, no hay que olvidar también que tales construcciones de sentido suelen tener semejante difusión porque se montan sobre modelos de mediación que ya están presentes, aunque de manera fragmentaria y contradictoria, en el sentido común. Veremos que incluso discursos de ciertos actores sociales que buscan apartarse de muchos de los reclamos más duros formulados por Blumberg se observan ciertas características y modos de producir sentido que pueden contribuir a crear una suerte de consenso favorable para la circulación de otro tipo de estrategias más elaboradas.

Trabajaremos aquí sobre los discursos de dos agrupaciones vecinales de la Ciudad de Buenos Aires que han adoptado muchas de las prácticas del *Neighbourhood Watch*, un plan de prevención de la microcriminalidad originado en Inglaterra. Esta "vigilancia vecinal" consiste en una serie de estrategias para involucrar a los habitantes de una zona determinada de la ciudad en la vigilancia del propio territorio. Las actividades de observación continua se complementan con una estrecha colaboración con la policía, institución que recibe las denuncias de cualquier actividad o sujeto sospechoso. Este tipo de iniciativas han despertado elogios y críticas por igual. Por un lado, se destaca como positiva la movilización de la sociedad civil, que toma ciertos aspectos de un problema acuciante en sus manos y consigue de esta manera "enraizar el control social dentro de la vida cotidiana" (Garland, 2001), quitándole una cuota de poder a un Estado ineficaz y a una policía corrupta. Por otra parte, se ha criticado el hecho de que este tipo de estrategias vecinales no combate ninguna de las causas criminogénicas estructurales y profundiza las divisiones sociales. La vigilancia vecinal formaría parte, desde este punto de vista, de una serie de políticas que ya no apuntan a la prevención social de los factores que originan al delito, sino a una prevención situacional. La tesis de la prevención situacional sostiene que "la ocasión hace al ladrón". Esta doctrina, nacida en Inglaterra en los años ´70, afirma que el control informal del delito por parte de los miembros de una comunidad es mucho más efectivo que el control formal por parte de las fuerzas de seguridad (Pacheco de Carvalho, s/d). La prevención situacional tiene como consecuencia un rediseño del ambiente físico que busca "reducir las circunstancias ambientales que favorecen los comportamientos delictivos (...) a través de la gestión y el control no de las circunstancias sociales o subjetivas de la criminalidad, sino de los espacios de vida de los sujetos, es decir, la elevación de barreras materiales y simbólicas" (De Giorgi, op. cit.: 46, traducción propia).

La primera de estas organizaciones de vecinos que incorporó los principios de la *Neighbourhood watch* en la Ciudad de Buenos Aires fue la Asociación de

Vecinos Solidarios del Barrio de Saavedra. La misma se conformó a fines de los '90 a partir de una iniciativa de los propios vecinos ante el creciente número de delitos registrados en la zona. Constituyeron así una red de vigilancia que busca disminuir las oportunidades de robo a través de prácticas de prevención situacional. Esta red de vigilancia pionera ha sido bastante estudiada, (Finkelievich et. al., 2002; Contursi y Arzeno, 2004). Lo que nos interesará aquí son las resonancias antipolíticas del discurso de esta asociación.

Uno de los principios rectores de la asociación indica que ninguno de sus miembros puede ser funcionario político, ni tampoco militante:

"...un tipo que se metió en el medio para hacer política, lo echamos de la red.

Ingresó para formar parte del Plan Alerta, pero tenía intereses políticos en un partido muy particular..." (citado en Contursi y Arzeno, 2004).

Estas prácticas de inmunización contra lo político reconocen su origen en la experiencia del "copamiento" de muchas de estas organizaciones vecinales por parte de partidos o agrupaciones políticas. Un debate muy similar se dio durante el año 2002 en casi todas las Asambleas Barriales que surgieron por aquella época en la ciudad de Buenos Aires (Di Marco, op. cit.). Pero mientras que en las Asambleas el debate se planteaba entre "viejas" y "nuevas" formas de hacer política, los Vecinos Solidarios de Saavedra buscan caracterizar a sus acciones como "no políticas". Indican Finkelievich, Saguier y Vercelli que "...su 'filosofía' (de la Asociación de Vecinos Solidarios del Barrio de Saavedra) no permite la inserción de ningún funcionario político... (los vecinos solidarios) afirman que los requisitos para la aceptación en la lista de distribución son el compartir su filosofía y tener alguna organización en torno a la prevención situacional del delito" (Finkelievich et. al, 2002, subrayado nuestro).

Tenemos entonces una organización vecinal que en su discurso articula, por un lado, un alejamiento de los planteos tipo Blumberg, ya que no enfatizan un endurecimiento de las penas y consideran que el culpable último de la inseguridad no es solamente "la política" sino también el "neoliberalismo". Sin embargo, como observan Contursi y Arzeno, "dar una solución no política a un problema que es político debe *legitimarse* discursivamente. En este sentido es que se asocia la acción del grupo con valores positivos altamente aceptados por la sociedad como la solidaridad, la búsqueda del bien común y la mejora en la calidad de vida." (Contursi y Arzeno, op. cit. p. 13, cursiva en el original). Es decir, valores que son contruidos discursivamente a partir de los mismos significantes vacíos que articula el discurso de la Fundación Blumberg. Los vecinos de Saavedra consideran que sus actividades son formas de "acción solidaria" claramente diferenciables de la acción política. Subyace a estos planteos la misma concepción de la política que

encontrábamos en el discurso de la Fundación Blumberg: la política es lo contrario al bien común. El disenso, la discusión es vista como una amenaza. En el texto de presentación del Plan Alerta elaborado por los vecinos solidarios, puede leerse lo siguiente:

“Nuestro funcionamiento es por consenso y no por votación, el acto del voto limita la libertad de conciencia e induce a actitudes corporativistas violatorias de nuestro espíritu “.

La idea de bien común y la idea del disenso aparecen como mutuamente excluyentes. El enunciador habla desde el bien común, desde la solidaridad, diferenciándose de otros tipos de actividades “políticas”. Este enunciador puede diferenciarse de la política porque extrae su legitimidad de otro universo simbólico, un lugar que es construido como una zona libre de conflictos, donde es posible el “consenso” en lugar del voto. Es decir, un espacio que funciona de una manera diametralmente opuesta a la política. Ese espacio, ese lugar de enunciación, es la vida cotidiana. O, más específicamente, el barrio.

4. En efecto, aquellos actores que hacen de lo cotidiano su espacio simbólico de posicionamiento enunciativo y de legitimación están muy interesados en negar el potencial carácter conflictivo de la vida cotidiana. El conflicto, en forma de robo, secuestro o piquete, es aquello que viene a afectar la cotidianeidad. La idea de “cotidianeidad” como espacio autónomo, separado de las tensiones sociales (el ámbito de lo “privado”) es una intuición que posee mucha fuerza en el sentido común, y se ha transformado en un recurso retórico central en las construcciones mediáticas sobre el delito y la inseguridad. Pero tampoco el analista escapa siempre a la trampa de lo cotidiano. Los etnometodólogos, por ejemplo, fundan su objeto de estudio a partir de una diferenciación entre la “interacción ordinaria y cotidiana”, considerada el medio de interacción predominante en el mundo, y la “interacción institucionalizada”, en la cual, reconocen, la gama de acciones posibles para el actor se encuentra limitada por la imposición de marcos de participación discriminatorios (Heritage, 1988). Esta distinción retoma, sin problematización alguna, la construcción que el propio sentido común hace de la cotidianeidad. Reguillo (1998), siguiendo a la etnometodología, propone pensar a la vida cotidiana como un espacio construido a partir de la certeza del carácter repetitivo y natural de ciertas prácticas. Pero la autora también indica que este espacio es central a la hora de analizar tanto la reproducción como la innovación social. Necesariamente, entonces, lo cotidiano será un espacio que también está cruzado por discursos y prácticas institucionales, relaciones microfísicas de antagonismo que pueden o no

ser producidas o articuladas por estrategias más globales. Tanto la reproducción como la innovación social no pueden ser pensadas por fuera de relaciones de poder.

Ahora bien, el referente geográfico de la vida cotidiana, en los discursos de las asociaciones vecinales, es el barrio. Éste es construido a partir de una asociación con una serie de valores, prácticas repetitivas y concepciones identitarias esencialistas. Además, el barrio ocupa un lugar fundamental a la hora de construir un relato sobre la nación:

“Nosotros, a través de la Asociación de Amigos de la Avenida San Martín lo que tratamos es de recuperar lo que en su momento hizo grande a este país, que fue el pequeño lugar que es el barrio, buscar lo mejor que tenemos que es el material humano...somos típico barrio, son barrios con pertenencia propia, con arraigos, con cosas que lo mueven todos los días a saludarse con el vecino, de tener eso, de que sigan las mismas familias viviendo de tanta cantidad de años, por tercera o cuarta o quinta generación en esta zona, eso es lo principal. Cuando vos tenés una esencia puesta en el lugar.” (Presidente de la Asoc. Amigos de la Av. San Martínⁱⁱ)

El testimonio pertenece al presidente de la Asociación de Amigos de la Avenida San Martín, la segunda de las agrupaciones vecinales trabajadas. Se trata de una organización de vecinos y comerciantes de la zona de Paternal reunidos en un principio en torno a la preocupación por la inseguridad, en el año 2002. Luego su actividad se diversificó, y hoy buscan asemejarse, según sus propias palabras, a una “sociedad de fomento” (tema sobre el que volveremos). El discurso de los integrantes de esta asociación también busca diferenciarse de los discursos de la “mano dura” de Blumberg, con quien dicen no tener nada en común. Sin embargo vemos que comparte una característica con el discurso de Blumberg y el de los Vecinos Solidarios de Saavedra: 1) la construcción de un lugar de enunciación que, a diferencia de la política, no está cruzado por antagonismos, y 2) considerar que los valores intrínsecos a la vida barrial funcionarían como una suerte de antídoto contra los vicios de la política. El barrio pasa a ser, entonces, ese lugar desde el cual es posible empezar a construir, porque está más allá (o más acá) de las antinomias políticas:

“En nuestra asociación tenés peronistas, radicales, de izquierda, de derecha, pero nos juntamos con el mismo objetivo que es tratar de cambiar esto, unirnos hacia ese bien... La Asociación es una Sociedad de Fomento, ¿está?, compuesta por diferentes individuos. Esos individuos tienen raza, credo, religión, no se... pensamiento político... tienen todo. Pero todos tienen que

ver con el mismo barrio. Cuando vos luchás en el barrio vos no podés formar sectas” (Integrante de la Asoc. De Amigos de la Av. San Martín).

Los integrantes de esta segunda asociación presentan una complejización, una pequeña vuelta de tuerca, en relación a los discursos anteriormente analizados. Varios de ellos reconocen que la actividad que llevan adelante es, efectivamente, política:

“(Política es) Lo que estamos haciendo ahora. Siempre se metió en la cabeza de la sociedad que la política es mala. No, la política no es mala. Sin política no se puede hacer nada. Lo que es malo es que uno deje espacio para que otros ocupen” (op. cit.)

Pero este reconocimiento puede darse únicamente luego de haber redefinido el sentido del término “política”, introduciendo ciertas modificaciones y distinciones conceptuales:

“Volver a recuperar la política que es esto. Pero no a través del partido político. A través de la sociedad. La política tiene que ver con el espíritu y las ganas de todo esto, de que queremos buscar algo siempre mejor. Esa es la política. Es el disertar... es lo que nos pasa en nuestra asociación, te estoy diciendo que hay peronistas, radicales, y vos venís a una reunión nuestra y no vas a encontrar gritos, no vas a encontrar nada, porque no hablamos de política partidaria. El significado de cada uno de nosotros, cuando está en la reunión, en la comisión, no se habla de los peronistas o lo radicales, hablamos del barrio, es el bien común que tenemos entre todos. Eso era lo que me inculcaron mis abuelos a mí, que era la Sociedad de Fomento”. (Presidente de la Asoc. Amigos de la Av. San Martín).

Resulta muy interesante pensar la posibilidad de la emergencia de nuevos / viejos sentidos en relación al término “política”, sentidos que pueden acompañar, legitimar y dar racionalidad a formas originales de movilización y participación. Es decir, no se pone aquí en duda el carácter altamente positivo de muchas de las actividades de estas agrupaciones vecinales. Sin embargo, no se pueden dejar de señalar ciertos riesgos que entraña la construcción de una “política no política”, política “de la sociedad” y no “de los políticos”. La política de los políticos es gritos, desunión, interés particular. La política de la sociedad es unirse por el bien común. Este segundo tipo de política, que aparece en este discurso como el único que puede salvar a nuestra sociedad, hoy en día sólo podría encontrarse en el barrio. Robert Castel (2004) observa que, en ciertos momentos de crisis, la seguridad se busca en los lazos forjados en torno a la familia, el linaje y los grupos de proximidad. Ese modelo de acción social es el que ha dado origen, en contextos de migraciones masivas y conflicto intercultural, a asociaciones de proximidad que se

alejan del modelo del partido político. Un ejemplo es la mafia, otro es la Sociedad de Fomento. Percibido como una forma de organización cuya dinámica excluye el conflicto y favorece la cooperación, la Sociedad de Fomento es postulada como una alternativa política válida:

“Mirá, yo te voy a decir cómo es. En la Asociación tenés peronistas, tenés radicales, tenés de todo, izquierda, derecha... Pero nosotros cuando estamos en la asociación no hacemos política partidaria. Hacemos política social. Eso es la Sociedad de Fomento. La Sociedad de Fomento es cuando se juntan los vecinos hacia un mismo fin, que es buscar el bienestar en común. Cuando vos hacés política partidaria estás bajando un concepto de ideología (sic), y dentro de una sociedad está bien que haya varias ideologías, porque es parte de la sociedad. Pero vos no tenés que trabajar ideológicamente hacia cambiar la acción social. La Sociedad de Fomento es eso: buscar gente de diferentes ideologías para buscar el bien en común. La única forma para poder cambiarlo es que, sin partido político, simplemente desde la vocación de servicio de cada uno, nos juntemos buscando un cambio en esta sociedad que tenemos hoy” (Presidente de la Asoc. Amigos de la Av. San Martín)

La idea de llevar el modelo de la Sociedad de Fomento a nivel de la esfera pública, de la política general, forma parte de una trama discursiva que pareciera afirmar que el conflicto es un fenómeno contingente de la vida social y, por lo tanto, eliminable. No es extraño que circulen este tipo de construcciones en los discursos del sentido común, ya que también son moneda corriente en discursos políticos y mediáticos de la más diversa índole. Cada vez que se reclama, desde diversos lugares, que nuestro país necesita un “Pacto de la Moncloa” o algo por el estilo, se está haciendo un llamado a la unidad que supone el carácter espurio y artificial de los intereses sectoriales de los diversos grupos sociales. La lucha hegemónica requiere esta mentira, prometer el fin de las antinomias y el antagonismo. Cuando el espacio de lo cotidiano es construido y percibido como una zona “naturalmente” libre de conflictos, se transforma en un lugar de legitimación muy potente para discursos que buscan borrar el antagonismo.

A estos planteos en torno de la unidad de todos subyacen algunos elementos autoritarios. Los significantes vacíos nos permiten sostener la ilusión de que estamos hablando de lo mismo: todos queremos libertad, paz, seguridad. Sin embargo, hoy en día cualquier proyecto político se juega en su mayor parte en el *cómo*, en las formas y las medidas necesarias para alcanzar ciertos objetivos que, en principio, serían compartidos por gran parte de la población.

“Ideológicamente yo no puedo hablar cuando tengo una reunión de comisión de peronismo o de radicalismo, porque entraríamos en una antinomia que

no construiríamos hacia el barrio, hacia la sociedad de fomento que tenemos que construir. La única forma de poder es mirar la necesidad. Hay una biblioteca, peronistas, radicales, todos los que estamos, vamos a luchar por la biblioteca. ¿Qué hace falta? Rampas para discapacitados, vamos a luchar por eso. Radicales y peronistas. La diferencia es la acción social. No hay otra. Yo por lo menos... que alguien venga y me demuestre que hay otra forma. Yo no la creo. Hoy pongo las manos en el fuego, no creo que haya otra solución que la acción social, de la cultura, de la salud, de la educación, de todo eso que a veces parece un discurso, pero no hay otra. Me parece que nadie puede venir a decir no a la salud, no a la educación, no a nada. Y las herramientas para poder llegar a eso no son muchas. No hay otra.” (op. cit.)

La idea de que “hay una sola manera de hacer las cosas”, por mejores intenciones que abrigue, siempre resultará autoritaria. Se trata de una concepción que, llevada al extremo, implicaría el fin de la esfera pública y de la política tal como la conocíamos hasta hace algunos años. Se asemeja más, efectivamente, a las exigencias de las técnicas de gobierno de tipo administrativas que se han vuelto hegemónicas en los últimos tiempos, que sólo pueden funcionar (y mal) en un contexto de ausencia de cualquier clase de discusión.

5. Los reclamos por mayor seguridad vienen siendo formulados desde diferentes lugares. Se ha enfatizado el endurecimiento de las penas en el discurso de la Fundación Blumberg y de ciertos medios masivos. Las asociaciones vecinales, por su parte, hacen foco en la acción vecinal organizada para la prevención situacional. En ambos casos, la construcción enunciativa del propio lugar, del “nosotros”, se lleva a cabo a partir de la incorporación de elementos discursivos antipolíticos. De esta manera el antagonismo entre clases o grupos sociales queda ocluido y desplazado hacia un único gran conflicto que pone frente a frente, por un lado, a los políticos (y sus intereses) y, por el otro, a la sociedad, entendida como un todo homogéneo, construida a partir de colectivos como “la gente” o “los vecinos”. En este proceso, la condena no recae solamente sobre ciertos sujetos (la “clase política”) sino que termina por arrastrar a la política como práctica, identificada con el conflicto y la desunión. El establecimiento de una clara línea de demarcación entre “prácticas políticas” y “prácticas no políticas” (“reclamos”, “acción solidaria”) es un signo de esta necesidad de construir la propia legitimidad en base a una caracterización de las propias prácticas como desinteresadas y tendientes al bien común.

Este posicionamiento enunciativo particular necesita de un espacio en el cual el enunciado pueda ubicarse, un espacio propio desde el cual emitir y legitimar sus discursos. Este espacio es la vida cotidiana, el barrio. Construido como un lugar homogéneo a través de operaciones retóricas y de prácticas que buscan excluir lo extraño y lo sospechoso, se presenta como una zona libre de conflictos y por lo tanto una base segura para trabajar sobre el "bien común", la "solidaridad" u otros significantes vacíos que carecen de definición operativa. Estas construcciones son retomadas por los medios masivos, por ejemplo en coberturas en torno a las formas en que el delito impacta sobre una cotidianeidad permanentemente amenazada. En esta dinámica de retroalimentación entre discursos de los medios y discursos del sentido común, la vida cotidiana emerge como un lugar de legitimación a partir de una cierta experiencia, la de ser vecino, la de ser "gente". Y esta experiencia es sinónimo de verdad. Michel Foucault (1996) afirma que, en las sociedades occidentales, la verdad se forma en ciertos lugares privilegiados. La ciencia es uno de ellos, las prácticas judiciales son otras. Estos espacios definen tipos de subjetividad y formas de saber. A manera de hipótesis, sería interesante analizar en qué medida, a partir de la crisis de ciertas formas de hacer política, lo cotidiano comienza a transformarse en un espacio de producción de enunciados verdaderos: el vecino tiene razón porque habla desde el lugar de "vecino", y no tiene ningún interés espurio. Será necesario también dar cuenta de la utilización política que se hace de este lugar de verdad.

A modo de conclusión, cabe recordar que el objetivo del presente artículo no es realizar una defensa corporativa de los partidos políticos ni, mucho menos aún, ocluir la posibilidad de pensar la política de formas nuevas, originales, al margen de los aparatos partidarios. Pero sí se busca señalar que la presencia de ciertas construcciones acerca de la política en el sentido común genera un campo de posibilidades para el arraigo de un discurso como el de Blumberg. La idea de trasladar ese ideal de acción "sin ideología, sin discusión, sin gritos" a la esfera pública general puede llegar a ser un tema de campaña. Sustituir la política por la sociedad de fomento, erradicar los conflictos, los cuales no serían constitutivos de la sociedad, puede ser el correlato, a nivel popular, de la política entendida como administración, gestión, biopoder. Desde el momento en que se encuentra ubicado en un lugar de producción de enunciados verdaderos, el sujeto cotidiano podría, desde su microexperiencia, pronunciarse también de forma legítima sobre las cuestiones de la esfera pública, reduciendo el debate público a un "olvidar los intereses individuales y ponerse de acuerdo en cursos de acción", cursos que parecen ser evidentes para todos puesto que existe "una sola manera de hacer las cosas". No encontraríamos más que diferencias de grado entre la dinámica de

discusión que exige el ponerse de acuerdo para poner rampas para discapacitados y la puja por decidir cómo se distribuye el superavit fiscal, por poner un ejemplo.

También hay que reiterar aquí que no se busca una condena de las prácticas que llevan adelante estas asociaciones vecinales. Muchas han producido experiencias valiosas, y han buscado dar una respuesta (buena o mala) a una problemática que es vivida como real y urgente. Como afirma Castells, es probable que el recurso a los grupos de proximidad sea inevitable en ciertos contextos. Sin embargo, lo que es preciso indicar es que hay que pensar y problematizar la experiencia cotidiana. Es sabido que el sentido común no puede asimilar la idea de conflicto como una situación permanente y constitutiva. Y si bien muchas de las facetas de lo cotidiano pueden ser valorizada en tanto productoras de ciertos saberes, hay que tener conciencia de su carácter fragmentario y limitado. Tendemos a creer que la cotidianeidad de cada uno de nosotros es la de todos, En momentos en que constantemente escuchamos intervenciones en la esfera pública con exigencias que se hacen en nombre de "la gente", "los vecinos" o "la familia", resulta de sumo interés para el analista poner de relieve las generalizaciones que ignoran la compleja variedad de relaciones sociales que exceden completamente nuestra experiencia inmediata y las maneras en que tendemos a suponer, retomando discursos tanto políticos como religiosos, que los antagonismos que atraviesan y fundan cualquier intento de construir una sociedad pueden ser reducidos a una unión en la búsqueda de un bien común que jamás podrá ser definido de manera positiva.

BIBLIOGRAFIA

Auyero, J. (2001). *La Protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*. Buenos Aires: Libros del Rojas.

Castel, R. (2004). *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?*. Buenos Aires: Manantial.

Contursi, M. E. y Arzeno, F. (2004). "Discursos sobre la inseguridad: la redefinición de la ciudadanía de los *nuevos agentes de seguridad* del barrio de Saavedra", en las actas de las VIII Jornadas de Investigadores en Comunicación, Universidad Nacional de La Plata, septiembre de 2004.

Daroqui, A. (2004). "Una lectura sobre la 'clase media militante de la seguridad'", en *Argumentos* n° 4, octubre de 2004. Disponible en:

<http://www.iigg.fsoc.uba.ar/hemeroteca/Argumentos/n04/articulos/daroqui.pdf>

De Giorgi, A. (2000). *Zero Tolleranza. Strategie e pratiche della societa di controllo*. Roma: DeriveApprodi.

Di Marco, G. et. al. (2003). *Movimientos sociales en la Argentina. Asambleas: la politización de la sociedad civil*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General San Martín.

Dirección Nacional de Política Criminal, "Evolución de la distribución de hechos delictuosos 1990-2005", disponible en <http://www.polcrim.jus.gov.ar/>

Foucault, M. (1996). *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa.

Finkelievich, S.; Saguier, M. L.; Vercelli, A. H. (2002). "Internet y redes ciudadanas para la seguridad urbana: el Plan Alerta del barrio Saavedra" [en línea]. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. (IIGG Documentos de Trabajo, N° 32). Disponible en la World Wide Web: <<http://www.iigg.fsoc.uba.ar/docs/dt/dt32.pdf>

Garland, D. (2001). *La cultura del control. Crimen y orden social en la sociedad contemporánea*. Barcelona: Gedisa.

Gramsci, A. (1993). *La política y el Estado moderno*. Barcelona: Planeta-De Agostini.

Hall, S. (1978). *Policing the Crisis. Mugging, The State, and Law and Order*. Londres: Macmillian Press.

Heritage, J. (1988). "Etnometodología", en Giddens, Anthony et. al., *La teoría social, hoy*. Madrid: Alianza.

Laclau, E. (2000). "Estructura, historia y lo político", en Butler, Judith; Laclau, Ernesto y Žižek, Slavoj, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Laclau, E. (2004). "Prefacio a la segunda edición en español", en *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Martini, S. (2004). "Violencia criminal y reclamos en la Argentina: territorios y márgenes de la comunicación política", en *Actas del VII Congreso ALAIC*, Universidad Nacional de La Plata, octubre de 2004.

Pacheco de Carvalho, T. M. (s/d). "La ocasión hace al ladrón. La prevención de la delincuencia por medio de la prevención situacional", disponible en <http://www.derechopenalonline.com/index.php>

Sidicaro, R. (2002). "La distancia sociedad – partidos", en revista electrónica *Argumentos* n° 1, diciembre de 2002. Disponible en <http://argumentos.fsoc.uba.ar/n01/articulos/sidicaro.doc>

Tufro, M. (2004). "La construcción de la política en la prensa económica. El caso de *Ámbito Financiero*", en *Actas de las VIII Jornadas de Investigadores en Comunicación*, Universidad Nacional de La Plata, septiembre de 2004.

Verón, E. (1987). "La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política", en AAVV, *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette.

Notas:

ⁱ Las entrevistas con los integrantes de la Fundación Blumberg fueron realizadas en junio de 2006 por Miguel Angel Varas y María Agustina Blanco.

ⁱⁱ Las entrevistas con los integrantes de la Asociación de Amigos de la Avenida San Martín fueron realizadas por el autor entre septiembre de 2005 y mayo de 2006.